



María del Carmen Paiva

El ángel escarlata y otros poemas

Índice

Al borde de la poesía de María del Carmen Paiva

El ángel escarlata y otros poemas

Retenida

Cerca del tajamar

Preferencias

Sobrevuelo

Fotografía de los bisabuelos

Ante el último esplendor

Habitantes

Magia a orillas del Negla

Homenaje

Ser

Un silencio en el atardecer

Abuela desvelada

Mis planetas

Padre

Alamo Carolina

Semblantes

Rostros de última altura

Desprendimiento

Adentro

Encallada

Dices

Quebrantos

Canción
Sin fin
Recogimiento de la torcaza
Despedida
Florecimiento
Este espacio
Soplos tristes
Equivalencia
Brevedad
Hace veinte años, en el huerto
Desprendimiento
Un dibujo en el ocaso
Sueño en el atardecer
Sacramento
Llanquihue
Por un momento
Vigilia
El ángel escarlata
Éxtasis
Reflejos
Extensión
Desasimiento

Índice alfabético

Al diluir
Anoche intenté resucitar
Apareciste en el atardecer
Apenas sostengo esta soledad.
Cómo explicar esta tristeza
Descendimos por la cuesta, hasta la orilla del tajamar,
El llanto,
El tiempo sucede
En mis entrañas abiertas
Es invierno.
Esos rostros
Es penoso olvidar
Está como dormido
Estás alejándote del celaje
Fantasmas naranjados
Grandes dragones blancos
Hoy, sólo un instante,
¿Por qué no un dorado cielo
La cuestión es
La noche va rodando
Las hallé en la tibieza de un mueble
La veo elevarse
Lo vi en el barranco,
Me excedo esta madrugada.

Me pueblan tus palabras;
Mis repasos predilectos:
No miren mi dolor
Partieron con el pudor alegre
Por qué tantas soledades
Que se me incendien las alas.
Quisiera volar como la lluvia,
Rasgan el cielo olas de diamantes
Raya el amor en este atardecer de sombras,
Si naciera de nuevo
Si pudiera devolverte
Soy una silenciosa sentencia
Tantas cosas
Tarde es ya, la noche:
Toda la tarde estuve sentada en una piedra de la
Transitaba apacible con el viento,
Transitan sobre las cumbres
Una roja miel
Ya no puedo reparar
Yo lo miraba

a mis hijos:
Bárbara, Ricardo, Rodrigo y Verónica,
por su apoyo, por su amor y su desvelo.

Al borde de la poesía de María del Carmen Paiva

La poesía es una de las escasas categorías verbales que se explican por sí mismas, de manera que en rigor un poemario no habrá de requerir prolegómenos ni glosario. Según creo, fue Paul Éluard quien reflexionó que el poema es un puente entre dos misterios: el del autor y el del lector; sería peligrosamente inútil, entonces, entregar andadores a este último para que recruce aquel arco de símbolos tendido entre sus riberas personales y las del poeta. Ello sin embargo, es oportuno ocasionalmente presentar comentarios laterales acerca de un libro de versos, en particular cuando éste empieza y a un tiempo rubrica una larga devoción. Tal la circunstancia de María del Carmen Paiva.

Es de sobra conocido que en literatura no existen inclinaciones tardías; ahora bien, dentro de la sociedad latinoamericana en general, y por supuesto en la nuestra, podría registrarse un número significativo de vocaciones postergadas, sobre todo femeninas, como ya lo indicó perspicazmente una escritora compatriota, también víctima previa de la frustración aludida. Para muchas mujeres de la región, en suma, no es sólo una metáfora el polvoriento silencio del arpa becqueriana, ni tan

enigmático el sentido del poema de Mallarmé «Quand l'ombre menaça de la fàtale loi».

-8-

La creación literaria es comunicación o no es nada. Así, El ángel escarlata... desgarró una antigua mudez indeseada aunque fervorosa, y se incorpora a la lírica del Paraguay con llanto de recién nacido: vivo material de primeriza en efecto, con las contracciones, con el pujo, con los derramamientos, e incluso con la enérgica salud de algunas pariciones iniciales.

Victorias doloridas de una límpida catarsis, los poemas de El ángel escarlata no remontan su vuelo incendiado desde un soberbio empíreo posible, sino partiendo de las propias cumbres o abismos entrañables de la autora; a mi entender, los textos de María del Carmen trajinan anchos entornos de clarividencia y fuegos fatuos, de mudanzas y congoja, de poblamiento y soledad, con un trasfondo cárdeno de exaltación individual («¿Quién que es, no es romántico?») y un subsuelo impregnado del reflujo onírico, a veces acumulado y brusco, otras parco y coloquial.

Y termino acá este breve embarcadero de palabras, cuya única función debiera ser la de que el avisado lector se embarque con pie enjuto a navegar por la poesía de María del Carmen Paiva.

Carlos Villagra Marsal

Última altura, marzo de 1995

-9-

El ángel escarlata y otros poemas

-[10]- -11-

Retenida

a Mercedes Sosa Ugarte de Jiménez Gaona

Apenas sostengo esta soledad.
Más que soledad es una ausencia
inmolada frente a los trigales
que alguna vez doraron mi reposo.

Allá arriba brillan las esferas 5
sobre mis estatuas ensimismadas.
Debajo del agua
se mecen los lienzos que debieron ataviarlas.

Este dolor que no desea partir
rehúsa rasgar sus vestiduras. 10

Huelo a menta y a monte refrescante,
ráfagas que vienen desde lejos.
Que no se lleve el viento mi sortija.
Tomo la espada para defenderla
mientras mis ojos 15
van dejando sus huellas húmedas en el espacio.
Ya casi no retengo esta carencia,
simulando como un viejo violoncelo
una canción antigua y rayada de cuna.

-12-

Fraguan acostumbrarme a un sentir de catacumba, 20
pero este fulgor que me arde dentro
parte como un cometa
con su escondido tesoro
a la legión de las estrellas,
y allá corre puro 25
y permanece.

-13-

Cerca del tajamar

a Maybell Lebron de Netto

Descendimos por la cuesta, hasta la orilla del tajamar,
la tarde, yo y el otoño,
deslumbrados con el arcoiris del crepúsculo.
Los caballos semidorados
se bañaban en el agua parda, casi triste, 5
era la hora de las lágrimas
allá en el monte.
Con las crines danzando al viento,
salpicadas de hojarasca y olvido.

-14-

Preferencias

a la memoria de mi padre

Mis repasos predilectos:
la abundancia de las hojas desparramadas
al final del otoño,
las cintas tratando de sujetarme los cabellos,
que se fugaban con el viento 5
ocasionando desórdenes.

Las flores violáceas
que se marchitaban en el fondo del jardín
dando paso a un invierno acurrucado
atrás de las ventanas; 10
los ojos cerrados
para escuchar cuentos tibios
cuando se aproximaba la penumbra.

-15-

La libertad que advertía
al mirar la quietud de la noche, 15
extensa sobre los techos de la casa;
la fatiga de los sueños inquietos
con el agua que emanaba de esos miedos.

Las frutas descascaradas,
jugos en mis manos, 20
y el adiós que no existía.

-16-

Sobrevuelo

Que se me incendien las alas.
No quiero volar sobre este anochecer doliente.
Que desaparezcan todos los que dicen amarme;
lejos de mí,
donde mi asedio no pueda comprometerlos. 5
La vida me está dando muerte.
Déjenme sola y dura,
en un espacio de leve asteroide.

-17-

Fotografía de los bisabuelos

a la memoria de Silvia Heisecke de Paiva

Las hallé en la tibieza de un mueble
con el pudor que tienen las cosas largamente guardadas;
dos imágenes pequeñas
tramadas para un medallón.
Rostros deshabitados 5
en su callado encierro,
testigos de alientos dormidos para nunca más.
Ella con una especie de encanto,
él indescifrable.
Huelen a canela o a cualquier flor 10
de esas que se guardan en los cajones.
Inclusive detenidos como están
me contagiaron su segura conmoción descolorida.

-18-

Ante el último esplendor

Raya el amor en este atardecer de sombras,
se cobija bajo el velo de tus ojos
como una mariposa a punto de extinguirse.
Un relámpago aparece
en el horizonte de la memoria. 5

Regresas y te vas,
y yo aquí
en este espacio,
solitaria
como un ángel guardián 10
de lo que fue.

-19-

Habitantes

Tantas cosas
se desvanecieron con el tiempo,
como por ejemplo la ondulada cabellera
de mi hermana, la muerta,
su imaginada sonrisa inoportuna 5
persiguiéndome en las rajaduras del mediodía;
los sustos nocturnos
que me hacían doblar el cuerpo
en una quietud desmedida,
hasta que llegaba el canto del gallo. 10
El desconcierto de mi soledad
y aquella tradición de lloros
bajo la almohada,
cubriendo la vergüenza del miedo
y del desconsuelo. 15
Pasaron los días:
ya no están, es cierto,
pero residen en mis ojos,
les pertenecen a mis actos.

-20-

Magia a orillas del Negla

a la memoria del Dr. Ramón Jiménez Gaona

Fantasmas naranjados
surgen de los leños que yacen en la tierra del Negla,
se precipitan en la oscuridad cargada de insectos y vahos,

luego se deshacen en el abismo refulgente de las estrellas.
Se atisban perfiles mágicos 5
en el monte que se cubre de un dorado manto de jaguar
mientras se escucha el salvaje sortilegio de su paso.
Bastan estos follajes secretos
y el fuego que se levanta como una guirnalda grana.

-21-

Homenaje

a mi madre

¿Por qué no un dorado cielo
en la vasta tristeza de tus ojos
cercados de años y descuidos?
¿Por qué no el fruto de una estrella
en el pálido abandono de tu rostro?
¿Por qué no pudieron ser tus pupilas
arcoiris en la vigilia,
y tus arrugas una rosa delirante
en memoria de tus penas?

-22-

Ser

a Emilio Pérez Chaves

La cuestión es
ser una misma en este escenario de disimulos.
Conceder la palabra justa cuando no se la recibe.
Compartir con las máscaras
la realidad de los astros vírgenes. 5

Qué hacer cuando no les seduce el fuego
que habita los precipicios íntimos,
cuando queda suspensa esta marea.

Ser una misma es un llanto.

La propuesta, apenas ofrecida, 10
se desmorona.
Pero dejo la puerta entreabierta.

-23-

Un silencio en el atardecer

Lo vi en el barranco,
cerca del río,
como una garza mora
trémula y sellada.
El viento y el olvido le ondeaban. 5
Cubrió los ojos oscuros
con la sombra pálida
de sus párpados.
Parecía querer volar,
medio celeste, 10
todo triste
en aquel ocaso frío.
Qué noche tan nostálgica,
qué alma tan callada,
el agua remolinando 15
con las estrellas
la hojarasca de su estío.
Revoloteaban sus cabellos
como deseando atrapar
quién sabe qué feliz recuerdo 20
que procuraba huir.
No quise acercarme,
-24-
pero lo entibí en mis pupilas
durante largo tiempo.
Luego 25
nos separamos.
Yo regresé a mi casa,

él se quedó en el río.

-25-

Abuela desvelada

Transitaba apacible con el viento,
le rondaba una gualda mariposa,
y en las encrucijadas, una rosa
le concedía su callado aliento.

Con un andar nostálgico y sediento
iba flotando su figura añosa,
casi colmada de nostalgia hermosa,
sumida en un remoto pensamiento.

Atardecían lámparas moradas
en el azul remanso de sus ojos,
fingiendo estrellas tímidas, selladas.

Huía rumbo al alba, como un hada,
libre ya de fatigas y despojos,
impasible y ausente y desvelada.

-26-

Mis planetas

a Luisa Moreno de Gabaglio

Me excedo esta madrugada.
Tallada en el lecho blanco,
me transporto a un planeta sin muerte.
Mis pies tienen fiebre.
Lamo la punta de mis dedos

y se me llena la boca de fuego.
Camino sin detenerme,
atravesando la conjetura de las lunas.
Este planeta mío emana lunas incontables,
respira con la frecuencia del ángel, 10
entrelaza amores perdidos.

Regreso sin opción.
Me deshago del bramante que me cubre.
Miro de frente,
soy un soldado: 15
no me queda más remedio que el coraje.

-27-

Afuera no hay quietud;
por todas partes,
mientras voy andando
(ya no me arden los pies, aunque me ardan, 20
ya no me enjuago las manos)
veo cómo se estremecen las flores,
cómo surgen los pájaros.

-28-

Padre

Si pudiera devolverte
de aquel instante juntándote
de nuevo con la vida.

Los jazmines de ayer
se desvanecieron en la solapa de tu saco 5
y se llevaron el olor de tu piel.

Quedose una especie de perfil
transparente
y tus besos congelados
en la memoria de mi sangre. 10

Poco a poco se van ausentando.

Alamo Carolina

a Manuel Argüello

Yo lo miraba
a través de los cristales.
Era invierno
y le cubría una vigilia azulada.
En la sombra de marfil 5
que le arrojara el sereno
fulgían soplos fríos
dibujando piruetas de plata.
Era un ángel
en aquella soledad 10
bajo el cielo acerado
que le mecía.
Más allá pasaba el río
con su carga de fantasmas diáfanos.
En el fondo de los montes 15
una lámpara roja
rasgaba el día.

Semblantes

a María Luisa Artecona de Thompson

Esos rostros
que me acompañaron desde niña,
esquivos detrás de los lirios esmerados
de los lunes de tarde;
impresos en la memoria 5
de tanto oírlos llamar por sus nombres.

Facciones de seda,
apenas tocables,
casi nada.
Muertos, eran muertos, 10
pero allí estaban en el vivir de todos los días.
Y son cada vez más numerosos.

-31-

Rostros de última altura

Para Ana María y Carlos Villagra Marsal

Transitan sobre las cumbres
fosforescencias de plata
y entre los oscuros montes
giran luciérnagas blancas;
enfrente del jazminero, 5
junto a las frutas de grana
reposan dos cruces negras
como tímidas plegarias.
Bajo su oscura vigilia
es noche azul y cerrada; 10
el niño azoté nos cuida
desde su espumosa vara.
El morador de la altura
deja, con honda mirada,
sobre la incierta llanura 15
los hechizos de su alma.
Como insignias de la noche,
dentro, vigilan la casa
tres puñales del desierto,
jarros y arcones y máscaras. 20

-32-

Y la mansión del poeta
que apenas duerme, hacia el alba,
da paso a un manto sagrado,
que a veces se asoma y pasa,
niebla matinal que cruza 25
el sortilegio del agua,
hacia las cimas del norte
donde los sueños se apagan.

-33-

Desprendimiento

Estás alejándote del celaje
en el que andabas envuelta,
dejando atrás la sal que te cubría los labios
y ese cristal ciego
que te anticipaba soledades de huérfana. 5
Has dejado de lamentarte.
Tus contratiempos se convirtieron en musgo viejo.
Ya no más los signos de la multiplicación del llanto.

Las lágrimas secas ruedan por tus mejillas redimidas,
imagen aquella 10
a quien
alguna vez
se le enmarañó la tristeza,
perdiéndola luego en un océano
de piedra. 15

-34-

Adentro

No miren mi dolor
de esa manera.
Retírense.
Estoy desnuda,
endurecida, 5
piedra ficticia
en su pedestal atribulado.

Adentro es lo que importa,
no esta apariencia despojada.
Dentro florecen 10
las hortensias tristes del otoño
y se vuelven frágiles las lágrimas.

Las palabras se fragmentan antes de nacer.

Aléjense
o me acompañan con la gravedad 15
que merezco.

-35-

Encallada

Es penoso olvidar
o, peor aún, deber aceptar.
Es todavía una vigilia temblorosa
que va echando raíces
enredada en los satélites que fueron, 5
en los espacios vacíos que hoy resurgen.
No sé si alguna vez este tallo
habrá de endurecerse
o se transformará en rescoldo.
De todos modos sucede, 10
y en este sitio turbado, allá en el fondo,
comienza a nacer algo parecido a la costumbre.

-36-

Dices

Me pueblan tus palabras;
se posan en este ámbito ligero;
me conmueve su perfume de hierbas,
la tersura que tienen cuando cuentas historias inventadas
y los requiebros sugeridos que antepones 5
a esos desiertos prolongados de tus labios.
Se escapa la tarde mientras te escucho.

-37-

Quebrantos

El llanto,
esa palabra aterciopelada
que se esconde detrás de los destellos,
tiene brazos de musgo,
aroma de una rara flor dulce, 5
parecida a esas que veía cuando niña
en el camposanto.
Desde lejos su voz suena a violín herido
y cuando se acerca, ensordece su balada repetitiva.

Vete 10
donde nadie pueda escucharte
cuando me tocas.
Sumérgete en la arcilla
para que ni siquiera te presientan.

-38-

Canción

a Lilian y Víctor Casartelli

La noche va rodando
entre los cerros,
mientras la luna tiñe
de platino sus senos.

Como diáfanas aves 5
van los luceros,
y sobre campos de oro
siembran sus besos.

En los oscuros montes
hay aleteos 10
y singulares danzas,
entre callados sueños.

Las sombras se acomodan
a mi desvelo.
Qué noche tan callada 15
de blancos centelleos.

-39-

El rocío desagua
sus lloriqueos,
y por tus ojos claros,
asoma tu silencio. 20

Y si dormir pudiera
sobre tu pecho,
me volviera otra estrella
de celeste sosiego.

-40-

Sin fin

a la memoria del Dr. Félix Paiva

El tiempo sucede
en los perfiles de las cosas,
en la imagen transfigurada de los ojos,
en la certeza o el contratiempo de los actos.
Pasa, 5
oportuno,
verídico,
compasivo.
Tiempo que cruza el espacio,
entretejiéndonos. 10

-41-

Recogimiento de la torcaza

La veo elevarse
como novia alada,
cruzando la tarde,
de gris ataviada.
Su grito se pierde 5
en frondas lejanas
y un puñal de cielo
perfora sus alas,
suspiro final
del sol que desmaya. 10
La hora enmudece
en arca de paja,
se acuesta la noche
tras sus plumas blandas.

-42-

Despedida

Anoche intenté resucitar
aquello que me fue grato:
mi ritual de lágrimas y risas
bajo las sombras de los árboles emplumados.
El abrazo de los cónyuges, 5
el murmullo de las cigarras
que hacían más lánguidas las horas últimas,
y aquel acero cortante en el vacío que flotaba triste,
alterando los follajes y los pájaros que dormían en la fusión
de sus huecos.
Las estrellas de antes 10
sobre los mismos árboles,
y el tejado tibio envolviendo las imágenes soñadas
en las entretelas de la noche.

-43-

Me había puesto un vestido blanco ajustado
para que el adiós no se me enredase en las faldas, 15
pero ya estaba pronunciada la palabra
en una noche como ésta
perdida,
involuntaria,
llorada en el recuerdo. 20

Florecimiento

Si naciera de nuevo
me arrojaría sin miedo
de aquel vientre.
Si el desorden del mundo
volviera a maltratarme, 5
dejaría que mis hojas lastimadas
se convirtieran en lágrimas de cobre
y las arrojaría al viento
o las convertiría en ceniza,
lejos del hueco de la tristeza. 10

Con las ramas desnudas,
desde la soledad de mis huesos,
invocaría a las esferas,
a sus talismanes celestes
sobre mi fiel estructura; 15
terrones de sol sobre mis ojos,
y alas, alas para volar
sobre el desierto que ya no me pertenece.

Este espacio

a Eli Puschkarevich de Green

Rasgan el cielo olas de diamantes
rubricando una mácula de asombro
en la noche cargada de lluvias,
profunda a lo lejos.

Intento ser alguien: 5
recta como una línea,
densa como un zafiro.
Voy y vuelvo en este abismo de figuras
que aparecen y desaparecen
mientras algo se conmueve adentro: 10
una libélula significativa,
presta a la calma de las cosas
y al amor de los seres.

-46-

Hoy me recojo
en esta bóveda de piedras 15
que fulguran libres, transparentes,
y descubro que fui esbozada
con el pulso inquieto
cuando se le estremecía el alma
al que me hizo 20
en un instante de misterio.

-47-

Soplos tristes

a Rubén Bareiro Saguier

Por qué tantas soledades
y la tristeza, que suena
en el paso de ese verso
que se escapa de tus venas.
El silencio de tu llanto 5
cubre una profunda queja,
y se asoma la palabra
como clamor de tus selvas.
Por qué tantas soledades
y otra tristeza que siembras, 10
con ese soplo doliente
en tus lejanas praderas.
Si ella no está, qué te importa;
hay otras almas sedientas.

Equivalencia

a René Ferrer

Soy una silenciosa sentencia
conjurada por la promesa
de un amor imperfecto.
La huella de un entrevero
de noches deseadas, 5
encarnada señal
de una conspiración de ardor y de lamentos.
También la vigilia entretejida y satisfecha
de tanto reclamo soñado.

Soy el arrebato original 10
que sin querer me brota,
y la que quiero ser
y me complace:
fiel a mi legítima medida.
Ni más ni menos. 15

Brevedad

a Elvio Romero

Hoy, sólo un instante,
el tiempo se detuvo entre mis manos;
una memoria se me posó,
mariposa livianísima y transparente,

y resbaló con el filo del sol 5
permitiendo
que una lluvia de cristales
me cortara los dedos.

-50-

Hace veinte años, en el huerto

Toda la tarde estuve sentada en una piedra de la
huerta, impregnada de las humaredas del ocaso.
A mi alrededor moraban rosas verdes en ordenada
frescura, y resbalaban los tomates como círculos
de grana desde su ramaje azul.
Con la brisa llegaban súplicas y alborotos desconocidos,
que parecían temblar en el bosque cercano.
Mis ojos aceptaban el leve resplandor de los astros
de un cielo todavía claro.
Mi vientre abultado y en reposo recibía, feliz, una
inexplicable desazón. 5

-51-

Desprendimiento

a mis tías Ina y Delia Bernardes

Cómo explicar esta tristeza
que no es tristeza,
cuyo diapasón nace y muere
en las tenaces sedas de mi alma.
Un abismo de estrellas azules 5
y una luna en mis ojos, de acero,
lloran hasta el alba.
Este silencio
es un ave inquieta
que duerme como flor morada 10
en el hueco solitario de mis lágrimas.
En el remoto espacio

de la media tarde,
el preludio invernal
flamea como gaita de presagio. 15
Cómo contar
que voy despojándome,
que soy un ave amarilla
abandonada contra el viento,
descendiendo a los valles cerrados 20
que guardan ciertos holocaustos.

-52-

Un dibujo en el ocaso

«Un pájaro raspa el cielo equívoco
de la atardecida»

Carlos Villagra Marsal

Al diluir
su lánguido vuelo,
se alejó en el resplandor de la tarde, 5
dejando que el alborotado otoño
se confundiese
con el esbozo oscilante
de sus alas.
Lejos del refugio, 10
de la cálida redondez de su nido,
ondeó medio azul
en las alturas.
Remontó
la hora de la entrega, 15
como una flor
al viento
en el último instante del abrazo.

-53-

Sueño en el atardecer

a la memoria de Isolina Díaz de Vivar de Puschkarevich

Grandes dragones blancos
se deslizan detrás de los árboles.
La penumbra va envolviendo
las camelias y los perros
en el fondo del patio. 5
Navego en el espacio,
sobre el follaje,
penetrando en la bruma de los montes
bebo el sol de los panales.
Como un ave de presagios 10
voy huérfana de carne,
flanqueada a mi diestra,
por los astros nacientes y lejanos;
al oeste,
por la quieta llamarada del ocaso. 15
Debajo, los sembrados.
A lo lejos,
el último temblor
de una tórtola adormecida.
Y la ciudad, 20
sombra de piedra.
De vuelta,
donde me aguardan
las camelias, los perros,
y el abrazo triste de la tarde. 25

-54-

Sacramento

Partieron con el pudor alegre
que saben disimular los novios.
Ella, un conmovido temblor en los labios
y en el talle una cadencia fiel.
Él, diligente, 5
a punto de asperjar sobre el huerto
de premiosos silencios
el impulso de la noche ofrecida.

-55-

Llanquihue

Está como dormido
bajo una ceniza de plata.
Oscila suavemente hacia la orilla
y su voz de violín, desenterrada,
me envuelve en la sombra volcánica. 5
Me sorprende
el sol naciente en el Osorno,
allá en su hueco escarlata,
y va llevándome
el vuelo brumoso y frío 10
de las gaviotas blancas.
En este espejo resbaladizo
de lapislázulis visibles y planetas,
anoche se me durmió el alma.
Comienzan a elevarse 15
humaredas como fantasmas.
Lejos, se levantan las montañas
de sus fosas nocturnas;
-56-
alguien, desde las áureas faldas,
grita su nombre 20
hacia las cumbres,
como ave extraviada.
La media luna se deshizo,
el cielo quedó sellado en la tierra.
Se apartó la niebla de mis sueños 25
y amaneció conmigo esta especie de nostalgia.

Puerto Varas, junio 1994

-57-

Por un momento

a Beatriz Mernes de Prieto

Quisiera volar como la lluvia,
convertirme en una finísima flecha transparente
disuelta en una tarde de nubes,
cortando el aire que la abraza hasta caer sobre los
montes.
Ser una gota de agua suspendida en la rama más alta
de un árbol,
y perdida después en la hierba. 5
Transformarme en un instante en agua pequeña
deshaciéndose en el cálido huerto de la vida.
Quisiera ser una mariposa con un beso de sol sobre
las alas
adormecida con el lejano canto de las estrellas bajo
la luna de la aurora.
Quisiera desprender mis raíces y extraviarme en el
cielo como una golondrina soñadora.
Dejarme caer blandamente como la nieve 10
y allí volver a ser yo misma.

-58-

Vigilia

a la memoria de
Beatriz Jiménez Gaona de Gorostiaga

Ya no puedo reparar
los resabios que surgieron
de mi tarde y mi tristeza,
ni puedo alentar
aquel fuego 5
que debió alumbrar
la penumbra del sueño.
Pero es posible velar
en las noches de viento
sobre mi leño apagado, 10
mientras nacen
en verdor sucesivo
los espectros,
y en la mirada
el remoto y translúcido universo. 15

-59-

El ángel escarlata

Apareciste en el atardecer
de los desgajos y desdoras.
Los espléndidos árboles te recibieron
sin espesura, con la excelencia del ocaso.
Abundaban en tu intimidad, todavía pura, 5
encantamientos y aflicciones que traías sin saberlo,
herencia que emanabas.
Permitiste que te ubicaran
en esa mansión amorosa de extremidades y pobreza.
Aullaban tus ansias de fuego 10
en las cárceles ambulantes del encierro,
que al moverse con la exuberancia del espíritu
gemían hasta los huesos.
Clamor por salir de los sueños al destino.
Todos aquellos ímpetus quedaron postergados 15
para la hora púrpura.

-60-

Te olvidaste de las invocaciones
que habían venido contigo
desde antes de nacer,
de tanto arderte las rodillas, 20
hincado ante la equidad,
incluso ante el amor
y el alma propia.

Ya te desmayas, ángel, ante tu abismo,
mientras se derraman sangres como lágrimas. 25

-61-

Éxtasis

Una roja miel
se evade de mis ojos absortos
hacia otros desiertos,
regiones donde sólo habitan
pensamientos que producen vértigo 5
en los labios, en los senos,

y donde la palabra se confunde con la lengua del aire.

Me cubre un lienzo
que pregona la pureza de mi cuerpo.
Me arden las sienas. 10
El vocablo no pronunciado
tiñe el subsuelo de la memoria.
Por las puertas entreabiertas
se van las imágenes invisibles
consumiéndose en el ámbito de las estrellas. 15

-62-

La apariencia se estremece,
y se dobla el alma bajo el agua.

El resto de mi desnudez
resbala
por el declive de los amaneceres. 20

-63-

Reflejos

Es invierno.
El vino fluye por mis venas,
deshilvana mis pálidas posturas
y se me desmaya en el albor del día.

Estoy como muerta, dispersa. 5
Como si todos mis espacios
estuvieran atrapados en espejos,
y ataviada de cristal en rayado vuelo,
irrumo en la fatiga del día.

Allá silba un ave rapaz 10
y se escucha una canción de cuna.

-64-

Me entenece la lejanía.
Quisiera partir,
pero me quedo atrapada en el lecho.

Es invierno, 15
no hay licor ni espejos.
Sólo el cielo,
y el canto del búho.

-65-

Extensión

Tarde es ya, la noche:
vuelven a ser invisibles
todos los perfiles;
los mismos reflejos del cielo palidecen.

Es curiosa esta insistencia 5
de permanecer en el casi diluido trazo
de los conjuros de ayer;
el asedio y la vigilia
se agotan, confusos, en la distancia.

Está tan entrada la noche, 10
que una vaga canción
desde no sé dónde,
me dilata como un siglo triste.

-66-

Desasimiento

En mis entrañas abiertas
la magnífica sangre está intacta.

Yo hice la incisión
para que escapen las palabras oxidadas
que aún me acechan, 5

y también ese olvido interminable
que gravita desvelado
entre el bullicio de las venas.

Sopla el viento de algún metal,
prolonga más la fría sensación, 10
golpea los cabellos,
ronronea en el alma temerosa.

-67-

Una postrer melancolía
avanza como niebla de crepúsculo,
y se introduce en la herida 15
después de que hayan huido los temblores.

Alguien más, sin fin, me habita.

Un aletazo parpadea en mis vacíos,
y la hora distribuye las lágrimas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

